

## PEÑA “EL TERCIO”.

Los obuses impactaban en las colinas, en un fuego incesante, y la lluvia de rocas fragmentadas caía sobre las trincheras. Los hombres, soldados sin preparación, pero curtidos en las batallas, hundidos hasta las rodillas en el cenagoso suelo, escondían la cabeza huyendo de la mortífera lluvia. Un grupo, paisanos del mismo pueblo, siempre juntos desde que fueron destinados a aquella unidad, se protegen acucillados sobre el barro en un extremo de la trinchera. Ven la certeza de un próximo y fatídico final, y se conjuran: *los que consigan salir con vida de aquel infierno, y terminada aquella maldita guerra regresen al pueblo, se reunirán cada sábado, en la casa de alguno de ellos, para cenar juntos y celebrar su regreso, y también para recordar a aquellos compañeros que cayeron en el frente, o que se pudren en alguna cárcel reos por sus ideas.*



El nombre de “EL TERCIO”, fue tomado al azar, o tal vez alguno de ellos había hecho la mili en una de las unidades llamadas Tercios que entonces había en el Ejército de España, y había tenido la ocurrencia del nombre.

Terminada la sangrienta Guerra Civil Española, los que regresaron al pueblo, cumplieron el acuerdo tomado en circunstancias tan graves y extremas. Y no solo los miembros de la unidad en que se tomó el acuerdo, sino que varios amigos, procedentes de otros frentes, y de otras batallas, hicieron suya la conjura y entraron a formar parte de la peña. La unión, el respeto, y el cariño que reinó siempre entre un grupo tan variado de personalidad como los componentes de la peña “EL TERCIO”, y la comprensión que tuvieron hacia otros grupos no afines, fueron un ejemplo de ciudadanía.

Relación de miembros de la Peña “EL TERCIO”, que durante su existencia, en un momento u otro, formaron parte de ella:

El tío Miguel “Velija”. Comerciante y fabricante textil.

Pepico “Vinagre”. Chofer en la Industria Piqueras y Marín.

Paco “Cambra”. De profesión: chofer.

Manuel “Magaña”. Trabajador textil.

José María “Palop”. Guardia Urbano y zapatero remendón.

Enrique Pedrón. Panadero de la calle San José.  
Juanico “El Chato”. Obrero en la industria textil.  
Vicente “El Cestero”. Trabajador textil y músico.  
Pepe “El Llandero”. Fontanero y fabricante de canales.  
Herminio “Olcina”. Zapatero remendón y estimable tenor.  
Vicente Aparicio. Molinero de harina.



Es posible que falte alguno en esta relación por falta de memoria, que no de buena intención.

Hoy, y a través de estas páginas, quiero, si es posible, con la ayuda de algunos de sus familiares, rememorar a través de algunas anécdotas narradas con emoción por el cariño que evocan aquellos recuerdos, y las experiencias propias que tuve la suerte de vivir, las peripecias de aquel grupo de enguerinos durante los años que duró la actividad de la peña, hasta que el paso inexorable de los tiempos dictó su finiquito.

Recuerdo, con meridiana claridad, las reuniones que tenían lugar en la casa del Tío Miguel “Velija”, en el número 23 de la calle Molina, frente a la mía con el número 30. Aquella casa era una de las más asiduas para reunirse “EL TERCIO”. Durante los meses de la primavera y el verano, en mediocasa, sentados alrededor de una gran mesa redonda, como una imitación de los Caballeros de la Mesa Redonda del Rey Arturo, se celebraban las cenas.

Yo fui testigo de muchas de aquellas reuniones sentado en el portal de la puerta de la calle. Desde la cercanía de mi casa, cuando oía la llegada de los peñistas, o sus bromas y sus cánticos, me faltaba tiempo para cruzar la calle y sentarme en el portal, o entrar sin recato dentro de casa y llegarme hasta donde la hija mayor de la casa, Angelineta, a refugiarme en sus brazos para ser testigo en primera fila de la alegría de aquellos buenos bebedores de vino, aunque siempre lo fueron en la amistad, el respeto, y el cariño entre ellos.

Doy comienzo a mi trabajo de calle acudiendo a la casa de la hija de uno de ellos con la intención de recabar información sobre los miembros de la Peña. No voy a citar nombres de los protagonistas de las anécdotas, para que no se malinterprete la intencionalidad de los hechos, ya que, en mi caso, siempre será de evocación admirativa hacia ellos.

Le pedí a esta enguerina, que intentara recordar alguna de las canciones que siempre se cantaban durante aquellas reuniones. Accedió gustosa a ello, pero antes quiso también rendir su homenaje contándome lo que en su casa ocurría cada sábado.

Mi madre siempre le decía a mi padre:

- ¡Hombre! ¡Parece qu'estés preñau con issas cenas!

A lo que mi padre le contestaba:

- ¡Mujer! ¡Prefiero acudir sin cena, que perderme una reunión!

### CANCIÓN DEL CAPACET:

**El marido.**- Sábado es, ¡ponme la cena, mujer!

**La esposa.**- ¡Póntela tú!

**El marido.**- ¡Pónmela tú, que es tu deber!

**La esposa.**- ¡Dios mío! Esto sí que es martirio:

Los sábados y domingos,

Siempre con el capacet.

En cierta ocasión, uno de ellos, (yo le recuerdo muy bien) era pequeño de estatura, pero grande en la respuesta. Cubría su cabeza una boina negra, un chaleco sobre su enjuto cuerpo, y una faja ceñía su cintura. Era una persona que no se conformaba con las cenas de los sábados, también solía reunirse los domingos por la tarde en la tienda que la Teresita tenía en la calle del Rosario N° 4, que además de muchas otras mercancías, en su mostrador, servía vino a sus clientes. Por cierto que tenían un vino bautizado como “Abocaíco”, con un toque dulzón, sin llegar a la mistela, que entraba que era un gusto.

Pues bien, fue que este señor, un anochecer, después de alargar la tarde dominguera, regresaba a su casa un poco *cargaico* de más. Cercano ya a su casa, se cruza con una vecina que le dice: Fulano, hoy sí que vas *cargaico*. A lo que él, con la gracia que le caracterizaba, le contestó: ¡No querrás que para dos vasos de vino haga dos viajes! Y siguió camino de casa.

Pero la cosa no acabó con eso. Como quiera que ese día se retrasó más de lo acostumbrado, su esposa le esperaba detrás de la puerta. Cuando éste entró le dijo: ¿No te da vergüenza gastarte el dinero en vino? A lo que él dio una de sus ocurrentes respuestas: ¡Mujer! ¿Tú crees que el coñac lo regalan? Rápidamente subió la escalera rumbo a su cama mientras canturreaba una canción:

**La morena que es graciosa,  
Con un tipo regular,  
Vale más que treinta rubias  
Solamente por la sal.  
Yo te quiero niña hermosa, sí,  
Yo te quiero sin igual,  
Yo te quiero niña hermosa, sí,  
Solamente por la sal.**

Me comenta un familiar, que algunos sábados, invitaban a la cena al gran cantante de Tangos Francisco Sanchis “Barruga”. Este aceptaba sabiendo que en aquella mesa, la buena cena y buen vino, no le iban a faltar.

\* \* \*

Y ahora que ha salido a relucir el vino en la mesa, contaré una anécdota de las muchas que ocurrían durante las cenas sabatinas:

Durante los meses de frío invierno, las cenas de La Peña se celebraban en la vivienda que Enrique Pedrón tenía en la planta alta de su horno en la calle San José. Había una habitación, por donde subía la chimenea del horno, a la que llamaban “La

Olla”, ya que el paso del humo la mantenía siempre caliente. Yo, como buen amigo de uno de sus hijos, pude comprobar en más de una ocasión lo confortable del recinto. El nombre lo tenía bien puesto.

Era invierno, y la noche muy fría, y los miembros de “La Peña”, fueron acudiendo al lugar de la reunión. La hora de la cena era siempre la misma: las nueve de la noche. Con una exactitud militar, en cuanto el reloj de la torre daba las nueve, comenzaba la cena, no importaba si eran dos o más los sentados a la mesa. Esa noche, debido al frío, fueron muchos los que acudieron a la cita antes de la hora. Este adelanto provocó que la garrafa de vino, presente en la mesa, sufriera varios ataques por parte de los madrugadores cenantes.

Estaban ya a medio cenar, cuando alguien dice: *¡Señores, estamos sin vino!* Ante este aviso, el dueño de la casa, como responsable del suministro, y como aquella circunstancia había ocurrido en más de una ocasión, dice: *¡No pasa ná! ¡Yo lo arreglo!* Baja a la planta baja donde sabía que estaba su hijo pequeño, le da la garrafa vacía y varias monedas para que fuese a casa de “Saetes”, en la misma calle, para que se la llenaran. El chiquillo sale corriendo a cumplir el encargo de su padre.

A pesar de lo cercano de la tienda de “Saetes”, pasan varios minutos, los suficientes para el viaje, y no aparecía ni el niño ni el vino. La cena, a secas, se atragantaba y la paciencia se acababa. El Tío Pedrón sale en busca de su hijo a averiguar lo ocurrido para tanta tardanza. El resto de cenantes, sentados ante los vasos, y el porrón, vacíos, se ponen a cantar una conocida copla.

**El vino que tiene Asunción,  
No es blanco, ni tinto, ni tiene color.  
Asunción, Asunción, échale ya vino al porrón.  
Asunción, Asunción, lléname de vino el porrón.**

El Tío Pedrón, sale a la calle, y encuentra a su hijo sentado en el portal del Tío Jaime “El Churrero” llorando, y la garrafa rota en medio de la calle. Cuando el padre, alarmado, interroga al hijo por lo ocurrido, el niño, entre sollozos, le contesta: *“He tropezado aquí, me he caído allí, y la garrafa se ha rota allá”*. Mientras el preocupado padre trata de calmar a su hijo, los impacientes cenantes siguen con otra de sus coplas favoritas.

**Los muchachos de “La Peña”,  
Que contentos van *astar*,  
Porque se acerca el verano,  
Según dicen *pa* trillar.  
Por la noche cuando sueñan  
Que la parva puesta está.  
Pero la trilla, la trilla,  
Pero la trilla, la trilla, no va.  
¡Ay! que desengaño  
Ellas sufrirán.  
Palpan, palpan con las manos  
Y no encuentran *ná*...**

Restituido el envase por otro nuevo, y vuelto a llenar de vino, la cena vuelve a su normalidad. A la hora acordada, los comensales abandonan sus asientos, y con el

cabacet ya vacío, dan varias vueltas a la mesa cantando, ahora más desentonados, otra de las varias coplillas de su extenso repertorio, que bien pudo ser ésta:

**Triqui, triqui, triqui tran.  
Al pie de un botijo tuerto,  
Me puse a considerar,  
Que un botijo sin pitorro  
No sirve para regar.  
Dónde está la jota,  
Que alegría de jota.  
Con este jaleo, con este meneo,  
Bailando la jota.  
Con ese jaleo, con ese meneo,  
Hasta Zaragoza cantando y bailando  
Hasta Zaragoza,...  
Cantando y bailando se va.  
Triqui, triqui, triqui tran...**

Y finalizada tan jovial ceremonia, cada cual a su casa, cada cual como puede.

\* \* \*

Hay en mi mochila tantas anécdotas por contar, que no sé por cuál de ellas seguir. Pero como hay que hacerlo, hay va una:

En un caserío en plena sierra, vivía una señora viuda con sus hijos. Esta mujer era muy aficionada al juego de cartas, por eso acostumbraba a organizar partidas en su casa. Allí corría el dinero según la condición económica de sus participantes, aunque ella siempre sacaba buenas ganancias de ellas.

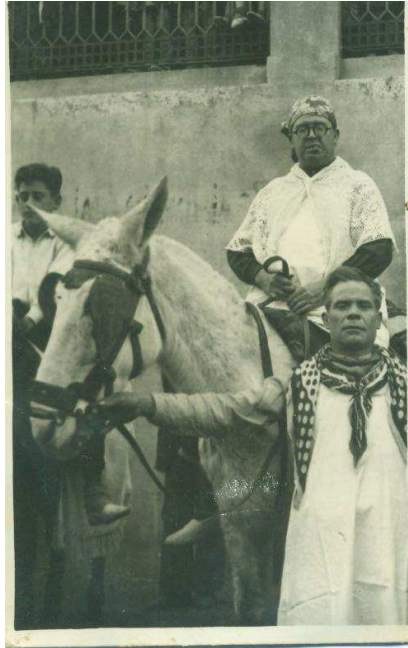
A una de estas partidas, una tarde de domingo, acudieron algunos miembros de la peña “El Tercio”. Ese día las cartas parecía que le daban la espalda a la anfitriona, por lo que la tarde no era buena para ella. A la hora acordada para terminar la partida, uno de los miembros de la peña había sido agraciado con una buena racha, y ante él tenía casi todo el dinero de la partida. Al levantarse de su asiento para guardar sus ganancias, la dueña de la casa salta de su silla, y encañonando a los presentes con un trabuco, que había estado escondido en su refajo, les dice que nadie saldrá de allí con vida llevándose el dinero. Que el dinero era de ella y de nadie más. Los jugadores, viendo lo grave de la situación, optaron por salir corriendo con los bolsillos vacíos, y escuchando los improperios de la dueña: ¡*Tramosos!* ¡*Sinvergüenzas!*

Nadie pudo reclamar por el atropello, ya que el juego estaba prohibido.

Con estas cenas semanales, con ayuda del vino y las canciones, los miembros de “El Tercio”, trataban de suavizar la áspera resaca que la guerra había dejado en ellos. Las constantes anécdotas era buen testimonio de la capacidad que tenían para salir airosos de situaciones embarazosas, y de su esfuerzos por cambiar la vida a mejor.

Era por fiestas de San Antón. Los muchos labradores que por entonces había en Enguera, engalanaban sus caballerías con arcos de colores, y montaban en ellas acompañados por sus parejas, ambos vestidos con los ropajes tradicionales, recorrían en procesión varias calles de la población. En medio de la seriedad de la cabalgata, sin previo aviso, se incorporó a ella el Tío Miguel “Velija” montado en su macho tordillo, y llevando el ramal el Tío Juanico “El Chato”, ambos vestidos de monaguillos y con un

chupete en la boca sembrando el desconcierto entre los jinetes, y la carcajada entre los espectadores. Esta "Hazaña" les costó una sanción, pero la cosa no llegó a más, porque en su buen humor nunca apareció la maldad ni una pernicioso malicia.



Luego que abandonaron el cortejo, los dos amigos cantaron esta canción:

#### LA LINDA PAMPERA

**Era una linda pampera,  
La que quise con locura,  
Tenía muy poca plata  
Pero ;Vaya hermosura!  
Un recuerdo tengo suyo,  
Que lo guardo eternamente,  
Aquella tarde dichosa,  
Los dos juntos bajo el puente.**

#### ESTRIBILLO

*Deja que olvide y le cante  
A la linda Pamperita.  
Deja que olvide y le cante  
A la que yo quise un día.*

**Fue requerida en amores  
Por un rico posadero,  
Y a la muy bella pampera  
Le gustó mucho el dinero.  
Poco duró en sus amores  
Pues pidió pronto el divorcio,  
Diciendo que su marido  
No servía p'al negocio.**

\* \* \*

Las semanas trascurrían con normalidad, y cada sábado los amigos acudían puntuales a la cita. Llegaron un año más las Fiestas de San Miguel. El Ayuntamiento invitó a la Banda de Música del Regimiento de Infantería 20 de Guadalajara, con acuartelamiento en Paterna. Debían de dar un Concierto y participar en la Procesión del Patrono. Mediante un bando, hecho por el pregonero oficial Emilio Estrela, el Alcalde solicitó, de aquellas familias que pudieran hacerlo, que acogieran en su casa a algún músico durante los días que permanecieran en el pueblo.

La respuesta de las familias enguerinas fue ejemplar atendiendo a la solicitud. La casa del Tío Miguel “Velija”, fue una de las de acogida de un músico en el número 23 de la calle Molina. No se sabe si fue casualidad, o que alguien, sabedor que el Brigada, Trompeta Solista conocido como “El Nene”, era buen catador de vino y amigo de la buena broma, que fue asignado a donde se reunía la peña “El Tercio”.

El apodo de “El Nene”, le venía por su gran altura y corpulencia. Durante los días que el músico estuvo hospedado en la casa del Tío Velija, “El Tercio”, de manera extraordinaria, se reunía a cenar todas las noches. Poco necesitaba el huésped para unirse a la fiesta de vino y cante, de hecho, como aderezo, le sentaban a la mesa al lado del más bajito y enjuto de ellos, el Tío Pepico Vinagre. El contraste entre ellos ya era motivo de chanza. Durante aquellas noches festivas se escuchó varias veces una canción, que según decían era creación de la propia Peña, en la potente y agradable voz de Pepe “El Llandero”.

**Ven acá, que la noche es serena y oirás los rumores del mar.  
Subirás a lo alto de una roca, y oirás las sirenas cantar.  
Y al amanecer verás los rayos del sol salir,  
Las estrellas brillar, y a mi corazón latir.  
Ver amor de mi vida, que la vida sin ti es triste y melancólica,  
Y el cantar de los pájaros, y el rumor de las olas,  
Oirás lo que siento por ti.  
Amor de mi vida, consuelo de mi alma,  
Te adoro con frenesí, y muero por tiiiiii,.....**

\* \* \*

Es de agradecer escuchar a los familiares de aquellos personajes, con qué cariño me hacen llegar estas anécdotas. Cómo resaltan la espontaneidad que tenían para salir de situaciones embarazosas, como comprobaremos a continuación.

Sucedió durante la Feria de Játiva. Un día se celebró una corrida de toros con un cartel de toreros lo suficiente atractivo; tan atractivo que algunos de los miembros de “la Peña” decidieron asistir a dicho evento. El viaje hasta Játiva lo hicieron en carro. Al llegar a la entrada de la ciudad, tuvieron que pasar por el puesto de Usos y Consumos, una especie de aduana de aquellos tiempos, en la que había que declarar, ante el funcionario de turno, todos los productos alimenticios que trasportaban. Si el funcionario lo creía conveniente, había que pagar una tasa, como así ocurrió en este caso.

En el carro llevaban una buena provisión de vino y de comida para la merienda, que pensaban hacer en la plaza de toros. El funcionario dijo:

*.- Si ustedes quieren comerse todo eso dentro de la plaza, tendrán que pagar la Tasa estipulada.*

Los viajeros quedaron sorprendidos por la demanda, y no les sentó nada bien. Como quiera que no estuvieran dispuestos a pagar nada de lo pedido, comenzó una

acalorada discusión con el empleado. En vista de que éste no cedía en su empeño de cobrar, tras un breve cambio de opiniones, le dieron su respuesta final:

*.- ¡Entraremos con todo, y no pagaremos nada!*

El funcionario quedó sorprendido ante tan contundente respuesta, y llegó a temer, que aquellos osados viajeros fuesen familiares de algún alto cargo del Régimen, y su empeño en cobrar podía costarle un disgusto, y ¡hasta su puesto de trabajo!. Confuso, estaba dispuesto a pedirle disculpas y dejarles pasar sin pagar la tasa, cuando ve que los viajeros saltan del carro, se sientan en el suelo, y comienzan a comer y beber hasta agotar toda la intendencia que traían en el carro. Acto seguido, y agotadas las viandas, los de “EL Tercio” marcharon con el carro rumbo a la plaza de toros ante el estupor del funcionario.

\* \* \*

Otro de los sucesos a recordar, fue aquel en que un buen día marcharon, con toda la familia, a la Romería a la Ermita de Mogente. El viaje lo hicieron en un camión conducido por el Tío Paco Cambra. El camino de la subida a la Ermita era peligroso, hasta tal punto que hasta entonces nadie se había atrevido a subirlo con vehículo mecánico alguno. Pero ese día el Tío Cambra no estaba para subir aquella cuesta a pie. Tras advertir a los viajeros que se sujetasen bien que la ascensión la harían con el camión, enfila el vehículo cuesta arriba entre la protesta de los numerosos fieles que subían a pie.

Seguramente, el Tío Cambra, inició la arriesgada maniobra porque, en tiempos de recoger gavillas en el monte, lo había hecho por lugares más difíciles cargado el camión con gavillas de leña destinada a los hornos cerámicos de Manises, y aquella subida no le asustaba ni a él ni al camión. En cambio, los que sí sufrieron su hazaña, fueron los romeros que tuvieron que caminar entre la maleza fuera del camino.

\* \* \*

En otra ocasión, hicieron amistad con una familia de serranos. Era una de las muchas que los sábados bajaban hasta el pueblo, con sus caballerías cargadas de productos de campo y de corral, para intercambiarlos por productos de los que ellos carecían. El intercambio se hacía en los comercios, o en la casa donde se acogían al llegar al pueblo. Era tal la cantidad de personas que bajaban desde la sierra al pueblo, que los sábados el bullicio en el pueblo era grande, ya que tanto los vecinos, como los visitantes, se concentraban en la plaza del mercado y sus alrededores. Las diversas fondas del pueblo, como muchas casas particulares, se llenaban a reventar, y muchos comercios, ese día, hacían su agosto.

Esta familia serrana, acampaba en la casa de uno de los miembros de “El Tercio”. Seguramente por agradecimiento, y sin gran meditación, invitó a La Peña a que visitasen su casa de la sierra para comer una buena comida, y pasar el día todos juntos. Los peñistas no necesitaban de muchos empujones para acudir a tal reclamo, y aceptaron la invitación. Llegado el día, aparejaron un par de carros, y con las familias al completo iniciaron el viaje rumbo a la casa serrana donde la dueña ya estaría esperándoles. Durante el camino la alegría se convertía en canción:

#### A LA BALSA

**Prepararse ya muchachos,  
Que ha llegado el día,  
Que ha llegado el día.  
Vamos a enganchar el carro  
Para la salida, para la salida.  
Andar y subir al carro**



**Que ya está preparado  
Y se va a marchar.**

**Estribillo.**

*A la balsa vamos los muchachos  
A comer gazpachos y pasar el día,  
Todos juntos y con mucho gusto,  
Hacer margajones para la familia.*

**Mirad como los del Tercio  
Pasan con sus familias,  
Alegres y contentos a disfrutar el día.  
A la sierra se van, a la sierra se van.**

En este ambiente festivo llegaron al lugar acordado. Nadie salió a recibirles, extrañados, llamaron a la puerta de la casa, y no contestó nadie a la llamada. La puerta estaba cerrada. Esperaron un tiempo prudente, y en vista de que no salía nadie, golpearon de nuevo la puerta. ¡Nada! Allí no había nadie. La espontánea, y no reflexiva invitación, debió asustar a la dueña cuando pensó en el alcance de la misma, y decidió largarse de allí y no estar presente cuando llegase la caravana de invitados.



Este inconveniente no preocupó mucho a los excursionistas. Ellos llevaban la suficiente intendencia para pasar el día con una buena comida. Frente a la casa, en una era limpia de trilla, tomaron asiento sobre el suelo, y prepararon las viandas que fueron consumidas como si nada extraño hubiese ocurrido. Era un día de fiesta en la sierra, y a eso estuvieron, y cuando a media tarde tomaron el camino de regreso, la prófuga anfitriona todavía no había dado señales de vida. Sobre los carros se volvieron a oír alegras canciones, como testimonio de un día feliz.

Para finalizar este relato, no por falta de material para prolongarlo, sino para no hacerme el pesau, y porque considero que con lo escrito ya hay suficientes indicios como para saber el cariz de los miembros de “El Tercio”, daré una nueva nota sobre lo acontecido alrededor de las cenas de la Peña. Por entonces, en la Parroquia de Enguera, había un Coadjutor llamado don Vicente. Este cura era amigo de la fiesta y de la música. Sabedor de que en el grupo de cenantes había buenos cantantes, como el Tío

Olcina, acudía al sitio de reunión cuando calculaba que habían terminado de cenar y llegaba la hora del cante. Hombre de poderosa voz, y buen cantar, participaba de la fiesta haciendo coro con los cantantes. Como podéis ver, en la mesa de “El Tercio”, nadie tenía prohibida una silla en ella.

**José MARÍN TORTOSA.**  
**En la Villa de Enguera, Noviembre de 2011.**

**NOTA.-** Las fotos que ilustran el relato, las anécdotas, así como las canciones, han sido facilitas por varios familiares de los peñistas. La falta de música, es otro cantar.